AÑO V — BUENOS AIRES, 19 DE ABRIL DE 1926 — Nº 221

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

"La Nación" y su grumete

El congreso inaugurado en Wáshington, de la prensa panamericana, ha tenido como característica principal y única, la de reunir a la hez y la espuma del filibusterismo universal. *A tout seigneur tout honneur.* Jamás se podría pronunciar la famosa frase que hay que abotonarse el saco para que no nos roben el reloj, porque ellos, los empresarios de cabezas periodísticas y directores de voluminosos rotativos, no se dedican a esa industria de menor cuantía. Pican más alto y más hondo. De esto, que casi todo el mundo se ha enterado a medias o enteras, y casi nadie se da por entendido, es lo que se llama una industria lícita. Tanto puede serlo, como lo son las casas de tolerancia. La diferencia no es mucha, aunque se crea lo contrario. No sabemos qué puede ser más repulsivo para la dignidad de la especie, la prostitución física o la mental. Ambos han de serlo, con gradación máxima o mínima, y con más o menos intensos alcances sociales.

Estos señores, después de haber expuesto sus respectivas *ponencias*, cayeron en la manía de siempre: de que cada uno con sus organitos u organillos debían propender al establecimiento de la paz del mundo. Es claro, cuanto más cínicos más deben encubrirse con palabrotas hipocresonas.

Constatemos de paso que no se celebró congreso agrícola-ganadero, médico, de higiene, de odontología y de obstetricia, donde no se haya apelado al socorrido tópico de la paz mundial. No se sabe bien de qué modo puede acontecer que esa inmensidad de deseos no contenga una sola o muchas voluntades a fin de acercar siquiera un poquito esa paz de ellos, no la nuestra, muy lejana todavía. Perogrullo, famoso filósofo florentino de la antigüedad, deduciría que esa inmensidad de deseos son aparentes y falsos.

Mas hemos repetido tanto estas ideas, guisadas de diferente forma, que nuestra intención no fué desarrollarlas, sino apuntar la incongruencia, o más bien el engaño a sabiendas de estos directores y *registrators* de empresas de publicidad, quienes, con sus agencias cablegráficas, diarios y revistas contribuyeron en mucho a la matanza de millones de hombres de la pasada catástrofe y ahora nos salen cantando una falsa palinodia de propósitos angelicales. ¡Ellos, los grandes financistas, especuladores que fueron precisamente organizadores de cuanta guerra hubo en el curso de una cincuentena de años! Pensamos que entre los de la *ponencia* de paz mundial se hallará ese conde junker fascista de Alemania, dueño de los principales diarios conservadores, entre ellos el *Tageblatt*, fábricas de papel, etc. En una palabra, un lord Nortcliff, junker y fascista.

También el retoño de la dinastía Mitre abogó por la paz y la fraternidad de este continente.

No hemos leído las *ponencias* de los otros miembros. Pero la del presunto director de "La Nación" nos la comimos con los ojos de cabo a rabo. ¡Y decir que aún nos hallamos vivos!

Si Barrett opinaba del abuelo que era un tartamudo pensando y escribiendo, y solamente un hábil hacedor de lugares comunes, no se podría adivinar cuál epíteto le merecería el nietezuelo o el tataranieto de marras. Conocemos las ideas de aquél pensador, por haberlas expresado a menudo, acerca del periodismo, y siempre lo consideró de la misma importancia ideológica de un catálogo de avisos. Hoy lo es más que nunca. De eso y de lo otro: es decir, del chantaje encubierto, indirecto, o a la vista.

Don Jorge Mitre, como él mismo lo dijo hace algunas semanas, prefiere el periodismo objetivo. No entendemos bien claro lo que quisiera decir; si imparcial, equidistante, o el de un espectador impasible, que anota los sucesos, los hechos y etc., mecánicamente, sin aumentarlos en sus proporciones ni disminuirlos un ápice. Ya comprendemos: será el que se circunscribe a lo noticioso. ¿Nada más que ésto?

Incapaz del esfuerzo de generalizar — lo que supondría razonar con cabeza propia y no ajena — se contempla a la gran distancia que es un inepto mental, nacido sólo para la vida social y decorativa.

Demos un ejemplo. Este:

La crisis del editorial, se decía durante el curso de la gran guerra, cuando se aludía a la escasa parte que le cupo a la prensa en definiciones parciales de gran trascendencia y en decisiones finales. Apenas si algunos artículos de The Times *que precedieron a la caída de Kitchener podrían haber creado una impresión diferente; pero habría sido de recordar que acaso fueron de mayor eficacia que los ataques al ministerio y la comprobación del hecho concreto que los motivaba: el escaso alcance de las municiones británicas. Aquí, en este país, me fué dado asistir al espectáculo de desaprobación que acogió a un editorial de* The New York Times *propicio a las primeras proposiciones de paz alemanas, a pesar de que su buena dosis de sentido común y los sucesos posteriores mostrasen que merecía ser sustentado con una postura más firme y recibido con una reacción menos violenta.*

Afirmemos de paso que la crisis de *editorial* existió siempre, por su sabiduría de enciclopedia Larrousse, por la gravedad grotesca de sus posturas. Pero este no es el caso. Larvas, infusorios de ideas, nadando en formas veladas, opacas, son las suyas.

El resto del exordio equivale al principio. Hay, sin embargo, un hallazgo de expresión... metafórica. Discurriendo del restablecimiento del *ritmo regular de la vida internacional*, dice:

Es como si al lograrse el silencio quedara restaurada la oquedad autoritaria con que suele resonar la voz de los grandes jefes, aun cuando el periodismo goza del privilegio de no desmedirse por la insubordinación y la desobediencia a los dictados de su cátedra.

Conocemos de vista esa cátedra; quizás la más pingüe y jugosita es la del turf...

Confesemos, en atenuante a Don Jorge A. Mitre, que cuando enumera y detalla hechos materiales, su escritura es expedita, menos gangosa.

Es cuando se mete con el arte, donde llega a la infantilidad ridícula y bisoña. He aquí una "opinión":

Aunque todos estos esfuerzos sólo representan por hoy una promesa, resulta conformador el espectáculo de nuestra juventud buscando su personalidad artística en las fuentes puras de la tradición americana, mientras en el Viejo Mundo el arte, en plena decadencia, vive al acecho del snobismo y del escándalo.

Wistler, el ático pintor, en su famosa conferencia "Nine's o clock of the Morning", afirmaba que el renacer y la decadencia, en el arte, no eran más que una mera ilusión: existía, empero, un constante morir y nacer, sólo visto por observadores de un doble fondo, o sea de inteligencia muy penetrante. Opiniones discutibles ambas, admitimos que la decadencia, el snobismo y el escándalo allá en el viejo mundo, son hechos positivos; en cambio, el pseudo arte americanista, inexistente, es apenas una débil rama subsidiaria, nutriéndose con toda la escoria del arte europeo. Lo que se da en estos pagos como arte escultórico y pictórico, es, en general, algo amorfo e impersonal. Bernaldo de Quirós, a quien cita como algo de soberbio y excelente, algo como lo mejor de aquí, trabajador infatigable, que sólo después de diez años de trabajo se resuelve a afrontar la crítica neoyorquina, es uno de los peores ejemplos. Es un pintor como tantos. Hace mucho tiempo que fabrica pintura para la exportación. Por eso pintarrajea sus cuadros de

ESPECIALIDAD PARA DICTADORES

—¿Le hago herraduras señor?
—Nó, hombre, nó. Una de esas fundas, pero de buen acero ¿eh?

D. A. DE SANTILLAN

CÓMO NACE UNA NUEVA CASTA

El capitalismo ha creado el moderno proletariado de las ciudades con su sistema de producción, su técnica y su forzosa especulación. Es también el capitalismo el que da nacimiento a una nueva casta social que debe ser tomada ya en serio y que, por más que en los efectos de su ejercicio no constituyen más que una ramificación del gran complejo de los explotadores del trabajo, tiene sin embargo, sus características propias y es, indudablemente, más peligrosa para la difusión y la fuerza del pensamiento revolucionario que todas las demás fracciones enemigas de la libertad. Nos referimos a la casta de los *funcionarios obreros*, de los que han hecho un oficio de la administración y la dirección de las organizaciones proletarias. En un país latino es muy difícil darse una idea aproximada de la importancia y del poder de la casta de los funcionarios sindicales y de los partidos obreros. Por mucho que se haya visto, por mucho que se haya hablado de aventureros como Largo Caballero, como Morones; por mucho que se haya gritado contra la corrupción y la venalidad de los dirigentes de las sociedades ferroviarias de la Argentina, o contra cazadores de puestos rentados del camaleonismo, todo eso es agua de borrajas en comparación con lo que ocurre a diario en los países esencialmente industriales de Europa y de Estados Unidos. Los sueldos de los personajes de primera fila de la American Federation of Labor, no tienen nada que envidiar a los de un ministro del gobierno nacional argentino. Y, sin embargo, no es lo peor esa retribución principesca de los jefes obreros; el mal está en el funcionarismo mismo, que termina siempre por crearse sus derechos, adquiridos para consolidar su situación y para pasar de la categoría de servidor a la categoría de amo del proletariado.

En los países más industriales, el funcionarismo obrero constituye todo un Estado administrativo dentro del Estado político general; son millares y millares las personas que viven de la cómoda ocupación de administrar los organismos proletarios. Podrían formarse grandes ciudades en Rusia, en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, etc., con el solo personal burocrático de las organizaciones obreras y de los partidos socialistas. Y contra esa avalancha aplastadora, contra esa casta que se forma sobre las espaldas de los que producen, en nombre de los intereses mismos del trabajo, es ya inútil e impotente nuestra voz de alarma y nuestra crítica despiadada. La casta de los burócratas obreros aparece en un cierto grado del desenvolvimiento del capitalismo; nuestro ejemplo y nuestra resistencia podrán oponer algunos obstáculos a la aparición y a la consolidación de esa casta funesta, pero no pueden impedir definitivamente que arraigue entre el proletariado. Esa constatación de la impotencia de nuestro esfuerzo ante los fenómenos inherentes a la esencia de la vida capitalista y autoritaria, puede ser bien triste, pero tenemos que reconocer que es verdadera. Nos queda sólo un recurso: luchar contra el capitalismo y su expresión política por una nueva sociedad. Los paliativos que pudiéramos condicionar por una resistencia heroica a los males cotidianos, serán siempre muy frágiles si nuestro esfuerzo no logra algún día poner un fin a la marcha triunfal de un sistema de producción y de vida que atenta a la esencia de la naturaleza humana.

Una condesa inglesa, miembro del Labour Party, Barwick, ha regalado a las Trade Uniones un magnífico palacio que cobijará una *Universidad sindical*. Hay en Inglaterra diversas instituciones obreras y privadas que se dedican a la instrucción proletaria y son algo así como Universidades populares, por ejemplo el Ruskin-Collegge, la Liga de educación obrera, el consejo nacional del Labour College, el comité de educación de las cooperativas, etc. Todas esas instituciones se esfuerzan por ampliar el radio de la instrucción y llevar a aquellos mejor dotados de la clase obrera algunas migajas de ciencia. A iniciativa de las Trade Uniones todas esas instituciones cooperarán de una manera u otra a la fundación de la Universidad sindical, sobre la base del palacio de la condesa Barwick en Easton Lodge. "Por primera vez — decía el consejo general de las Trade Uniones en *The Labour Press Service* — en la historia del movimiento sindical se ha ofrecido la posibilidad de instaurar una Universidad que pertenece enteramente a los sindicatos y es controlada por ellos, y cuyo fin exclusivo es instruir a los militantes para el servicio dentro de su organización."

El consejo de las Trade Uniones espera que pronto podrán concurrir a la nueva Universidad planeada 200 estudiantes, con su respectivo cuerpo de profesores.

He aquí algo que puede llenar de alegría a los que piensen que la revolución nos vendrá de la Universidad o de los conciliábulos doctorales. Alguien podrá palmear de júbilo y decirnos: ¡He ahí cómo se trabaja! ¡Tomad el ejemplo de los tradeunionistas ingleses! — Pero el asunto no es como para alegrarse ni palmotear las manos estúpidamente. El asunto es muy grave. No es el espíritu de la revolución el que saldrá ganando con esas instituciones culturales; es la reacción, es el privilegio, es el capitalismo, etc. Son todas las fuerzas del pasado las que pueden regocijarse. Esos 100 ó 200 estudiantes que nos entregue cada año la Universidad sindical, serán los más eficaces bomberos de la rebelión popular. Y no puede ser de otro modo. La Universidad sindical de las Trade Uniones no tiene otro objeto que fortificar la nueva casta de los funcionarios obreros, de los secretarios sindicales, de los leaders rentados. Y hay que conocer un poco el mecanismo y la extructura de los gigantescos aparatos administrativos de los grandes sindicatos de los países industriales, para saber hasta qué grado es impotente toda protesta contra ese estado de cosas. Una cosa es procurar instruirnos lo más posible para servir la causa de los trabajadores, la causa justa y la causa digna, y otra cosa es instruirnos para ascender en el escalafón de la burocracia sindical y tener más probabilidades de hacer carrera en el aparato administrativo y propagandista del moderno movimiento obrero. ¡Cuán pocos son aquellos que, poseyendo un gran caudal científico, se resignan a compartirlo, como iguales entre iguales, a los trabajadores: la inmensa mayoría explotan sus conocimientos y hacen cálculos sobre ellos, como un vulgar comerciante con sus mercancías.

La nueva Universidad sindical será un semillero más de funcionarios de las Trade Uniones y de los partidos socialistas; se propone serlo. Por eso no nos regocijamos, por eso no batimos palmas, y en cambio se nos llena el corazón de tristeza, pues vemos cómo cada día son más los obstáculos opuestos a la revolución y más fuerzas que trabajan por la consolidación del mundo actual y por la explotación progresiva y en todas las formas de la paciente masa de los productores.

¿Qué hacemos nosotros frente a todo ese mundo que remacha cadenas y rinde culto a la autoridad y a las más bajas pasiones? Somos pocos, en algunos países somos, menos que un cero a la izquierda, y en aquellos donde podríamos ser algo, las vanidades de los ambiciosos, los envenenados de burguesismo y los sedientos de autoridad, cobijados por error o por malicia en nuestras filas, no hallan ocupación más digna de ellos que la de tirarnos piedras y poner obstáculos en nuestro camino. Es verdad que somos tercos, pero la ola autoritaria que invade los corazones en esta hora, no puede menos de llevar a nuestra alma un sentimiento de amargura, de pesimismo y de desaliento.

No somos enemigos de la instrucción de los trabajadores: ¿a qué se reduce toda nuestra obra, sino a llevar a la convicción de todos los que lean nuestras publicaciones un concepto más elevado de la vida? Pero queremos evitar simultáneamente que la instrucción de algunos sirva de pedestal a sus aspiraciones egoístas. Para ello nuestro sistema se basará siempre en la elevación de la mentalidad colectiva, más que en el cultivo de algunas individualidades. ¿No tiene la Editorial LA PROTESTA la significación de una verdadera Universidad proletaria? Con la diferencia a su favor que no tiende a formar una camarilla para ocupar los puestos dirigentes del movimiento, sino que se dirige a todas las buenas voluntades, a todos los que quieren ensanchar sus horizontes y fortificar sus inclinaciones y desvanecer sus dudas y enriquecer su caudal ideológico. Por desgracia, esa obra avanza lentamente y las fuerzas autoritarias se multiplican cada día más. Sin embargo es algo, es un primer paso y un primer paso bien dado. Algún día podremos darle más amplitud, acrecentar su intensidad cultural y entonces podremos reirnos de las condesas que ceden palacios y de los organismos obreros que erigen universidades en concepto de almácigos de su futura burocracia. Con nuestra Editorial trabajaremos sólidamente para la revolución, creando, no una minoría privilegiada, sino un vasto movimiento de un elevado nivel mental. Nuestra Editorial será una Universidad abierta, para todos y más pródiga en ideas y más rica en verdadera ciencia, que la Universidad sindical mejor montada. Trabajemos porque ese sueño se convierta en realidad. Sostengamos nuestras posiciones sitiadas y amenazadas por todos lados hasta que una parte de las masas hoy seducidas por la sirena de las dictaduras vuelva los ojos a la realidad. Entonces llegará nuestra hora, pero no llegará nuestra hora jamás si desaparecemos como movimiento social y ocupa enteramente nuestro puesto un retoño del autoritarismo. ¡Hay que pasar de la pasividad mortífera al esfuerzo creador, aunque no sea más que para mantener nuestras posiciones!

---

un gauchaje carnavalesco y en tonos efectistas y chillones.

Basta. No le pidamos a un director de diario que piense ni que escriba. Sería un craso error. No obstante, causa asombro que con tan escaso bagaje intelectual se descubra impudorosamente en público.

Alguien, al referirse a Don Jorge A. Mitre, respecto al puesto ocupado por él en "La Nación", decía que era un grumete piloteando un *dreagnouth*. Para un diario burgués, tanto vale el grumete como su portero, siempre hablando del puesto directorial.

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

Las consideraciones que comenzamos hoy a publicar, se deben a la pluma de Néstor Machno, el famoso guerrillero de Ukrania, que ha escrito en su acción heroica el mejor de los programas revolucionarios. Podremos disentir en tal o cual punto de detalle y también en algunas afirmaciones y puntos de vista generales, eso no priva a este trabajo de su alto valor para juzgar el esfuerzo de ese bravo camarada. Por lo demás, hay dos maneras de armonizar: una en la discusión teórica y otra en la acción práctica. Por desgracia, en este triste período, a falta de otro campo de acción, debemos contentarnos con tratar de armonizar todo lo posible en la teoría, presintiendo sin embargo, que si algún día llegase el momento de la acción revolucionaria, seremos más, muchos más, los que nos pondremos de acuerdo de inmediato que los que hagan rancho aparte en el culto a la disputa bizantina, a la vanidad y a la discordia. Leed, camaradas, las consideraciones que siguen, de un hombre sencillo, bueno, y siempre dispuesto a trabajar por el triunfo de sus ideas, que son también las nuestras. — *Nota de Redacción.*

El anarquismo es vida libre y labor creadora independiente de los hombres.

El anarquismo no es la doctrina de una teoría y el programa artificialmente creado en base a esa teoría, que hacen el intento de abarcar completamente la vida humana. El anarquismo es una doctrina de la vida en todas sus sanas formas, de la vida real, que sobrepasa todas las formas artificiales, una vida que, en último resultado, no se deja comprimir en esas formas.

La fisonomía político-social del anarquismo, es una sociedad libre, sin gobierno, de libertad, de igualdad y de solidaridad en la vida de sus miembros.

El fundamento del anarquismo está en la responsabilidad libre del hombre, que es idéntica en todos y en todos los tiempos, — es decir una responsabilidad que significa por sí misma el aseguramiento de la libertad y de la justicia social siempre en la misma medida para todos y para cada uno de los seres humanos.

De ahí nace el comunismo.

El anarquismo será integrado por la naturaleza de los hombres en la vida humana. El comunismo por el desenvolvimiento lógico del anarquismo.

De ahí resulta la necesidad de formular teóricamente, por medio del análisis científico y del material efectivo, los postulados fundamentales del anarquismo, una necesidad que condujo a unos, — es decir, los enemigos de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la vida de los miembros de la sociedad humana — al sofocamiento de la naturaleza del anarquismo y a una calumnia de ese gran ideal, pero que condujo a los combatientes por el derecho de cada uno a una existencia humana, a un múltiple desenvolvimiento y a un esclarecimiento de ese ideal humano general.

Godwin, Proudhon, Bakunin, Most, Kropotkin, Malatesta, S. Faure y muchos otros en este camino, según me parece, no han creído de ningún modo ni creen poder uncir el anarquismo, por el desenvolvimiento teórico que le dieron, a cuadros de dogmas científicos inconmovibles.

El dogma científico del anarquismo es la aspiración a demostrar su naturalidad en la naturaleza humana, la naturalidad que no suprime el hombre en su progreso interior, en todos los tiempos y en todas sus conquistas creadoras.

Lo inconmovible en el anarquismo científico es su esencia natural, expresada en sus rasgos fundamentales en la negación de todas las cadenas, de toda esclavitud humana.

En lugar de las cadenas y de la esclavitud que dominan la vida de hombres y que el socialismo autoritario no destruye, siembra el anarquismo la libertad y el derecho ilimitado de los hombres a la libertad.

Como anarquista revolucionario, habiendo participado en las actividades políticas del pueblo revolucionario de Ukrania, un pueblo que sintió instintivamente las demandas vivientes de las ideas anarquistas, y que expresó ese sentimiento en sus actos, un pueblo que ha hecho sacrificios incontables en esa dura ruta, que sin embargo no cesó nunca de hablar de su libertad, y de la libertad y de la ausencia de gobierno de su vida social, he tomado sobre mí, perseverante e inconmoviblemente, todas las cargas de esa ruta, junto con él. Como yo era de él y no tenía la fuerza para abarcar y tomar todo a tiempo en esa ruta, he dado traspiés a menudo; pero como comprendí justamente el objetivo final a que yo mismo aspiraba y hacia el cual llamé a los hermanos que me rodeaban, vi en la vida el influjo natural del anarquismo sobre las masas en su lucha por la libertad y la independencia del hombre.

Sobre la base de la experiencia de la lucha práctica puedo confirmar que el anarquismo es tan revolucionario y tan multiforme y poderoso en sus formas de aparición, como la vida creadora del hombre. Aunque sólo descubra en tí una sola chispa de solidaridad espiritual con el destino de un anarquista revolucionario, te llamaré siempre al combate por el ideal del anarquismo, hermano esclavizado.

Unicamente si luchas y afirmas en la vida el ideal de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la familia humana, en la humanidad, comprenderás el anarquismo.

El anarquismo ha surgido así de la naturaleza del hombre. El comunismo — por el desenvolvimiento del anarquismo.

En consecuencia, el anarquismo es un fruto natural en el hombre. Al libertar el anarquismo al hombre de la esclavitud psicológica que ha sido artificialmente inyectada en él, hace de él un combatiente consciente contra toda esclavitud.

Tanto por este como por otros conceptos, el anarquismo es revolucionario.

Cuanto más consciente es el hombre, cuanto más hondamente penetra en sí mismo en el dominio del pensamiento y reconoce como una infamia la servidumbre que se le ha impuesto, tanto más revolucionario se expresará en él el espíritu anárquico de la voluntad, del pensamiento, y también de la acción en relación con ese pensamiento.

Esto se refiere a todo individuo — al hombre y a la mujer — aunque no hayan oído jamás una palabra de anarquismo. La naturaleza humana es anárquica; se resiste a todo lo que la restringe.

Esa esencia de la naturaleza del hombre se expresa, según mi manera de ver, con el término "anarquismo".

El anarquismo desempeña ya, como ideal de la vida humana, una misión notable en la evolución de la vida del hombre. Tanto los opresores como los oprimidos, comienzan paulatinamente a observar ese hecho; unos — es decir los primeros —, tienden a desfigurar con todos los medios imaginables, sin retroceder ante ninguno, ese ideal; pero los otros — los últimamente nombrados — tienden a comprenderlo más claramente y a desenvolverlo más.

La civilización de esta sociedad, ha contribuido considerablemente a que el ideal del anarquismo sea cada vez más sensible, tanto para el amo como para el esclavo de la sociedad actual. Esta civilización no ha podido realizar sus fines en ese tenebroso destino de su misión, (ha intentado adormecer y apagar la protesta de la naturaleza humana contra la propia ignominia).

En su circulación no ha podido aniquilar los espíritus independientes de la ciencia, — que descubrieron al hombre su descendencia, le probaron la inexistencia de Dios (al que apelaron, como al creador de los hombres, aquellos que instauraron los dioses terrestres correspondientes), etc. Con la demostración de esas verdades cayó, claro está, fácil e ineludiblemente, la artificiosidad de los "divinamente" ungidos en la tierra, demostrando las vergonzosas relaciones creadas por ellos entre los hombres.

Todos estos fenómenos han contribuido en una medida importante al desenvolvimiento del anarquismo consciente. Ciertamente, con la evolución del anarquismo, se han creado también nuevas ideas: el liberalismo y el llamado socialismo "científico" de Estado, y además el comunismo. Pero esas doctrinas se demostraron, no obstante su poderosa influencia en la psicología de la sociedad actual, o al menos sobre una gran parte de esa sociedad, artificiales, y no se desarrollaron en su camino hasta el fin; esas doctrinas, repetimos, se demostraron en un plano inclinado y tendientes a formas de vida anacrónicas.

El hombre libre, — que se ha reconocido a sí mismo y reconoció a sus semejantes en su ambiente, — ha enterrado, junto con la violencia brutal y el engaño que se le impusieron, junto con la podredumbre repulsiva y la baja esclavitud de lo viejo, todo el pasado que avergüenza al espíritu humano.

En la masa, el hombre se ha libertado ya un poco de la atmósfera de la mentira y de la villanía a que ha sido esclavizado desde su nacimiento, por los dioses terrestres con ayuda de la fuerza brutal de las bayonetas, del dinero y de la jurisprudencia, por una parte, y de la ciencia hipócrita, por otra.

Al libertarse el hombre de esa ignominia, se reconoce a sí mismo; pero una vez que el hombre se ha reconocido, se abre ante sí el mapa de su vida, en donde percibe en primera línea su existencia pasada, repulsivamente rastrera, infame, esclavizada una vida que, como está ligada a cuadros artificiales, ahoga en él, en un cuadro servil, todo lo puro, lo luminoso, lo inmaculado con que ha venido al mundo; una vida que lo transforma al mismo tiempo en un burro de carga, en un esclavo, por lo que se refiere a unos, y en un señor, por lo que se refiere a otros, pero en un señor estúpido, en un loco que rompe y pisotea todo lo que hay de más noble en los hombres, que rompe y pisotea también eso mismo en sí y en los demás, y hace todo eso por orden de otros. Y aquí despierta por fin en el hombre la libertad de su verdadera naturaleza, que no depende de nadie, que arroja de sí todo lo artificial, todo lo que perturba la maravillosa hermosura y la pureza de su naturaleza, que se revela y se desarrolla en la creación independiente.

Aquí tan sólo vuelve el hombre a sí mismo y pronuncia el fallo de muerte de su pasado, rompiendo con él toda la solidaridad psicológica en que se fundó su vida injusta, heredada de sus predecesores, pero en particular desarrollada por él mismo, artificialmente, por lo afirmado por los sacerdotes de la ciencia, tanto en el aspecto social como en el individual.

De ese modo se mueve el hombre, — antes de generación en generación, ahora de año en año —, en el proceso de su evolución hacia un elevado fin moral: no ser uno mismo sacerdote, ni proclamador del poder sobre otros seres, ni soportar que esos ídolos lleguen por él a la dominación.

El hombre libre, libre de dioses terrestres y "celestes" y de todas sus prescripciones, libre de las supuestas leyes "morales" que resultan de esas prescripciones, levanta su voz, tanto en la palabra como en la acción, contra la esclavización de los hombres y la deformación de su naturaleza, cuya esencia consiste siempre invariablemente en la aspiración a la independencia y a la libertad, en la aspiración al perfeccionamiento.

Ese hombre rebelde, que ha vuelto a sí mismo, y que ahora ve con los ojos abiertos — ese hombre que puede ver con su espíritu en su corazón las ignominias humanas; ese hombre — el anarquista revolucionario, ese ser solidario, libre, que tiene sed de libertad, de abundancia y de perfección en la vida para sí y para sus semejantes, que pisotea la servidumbre y el idiotismo social madurados históricamente en la rapiña y en el empleo de la violencia, — ese hombre, impulsado por su honda fé y por su abnegación en la ruta trazada, crea grupos de hombres libres, soldados por la idea de su objetivo final y por la acción para la consecución de ese fin. Tales grupos se fortificarán idealmente en su desenvolvimiento y se ensancharán desde el punto de vista de la organización, manteniendo una línea de conducta verdaderamente comunista en todas las conquistas creadoras en ese grande y difícil camino.

Los hombres que pertenecen a esos grupos, se libertan de la tutela imbécil y, en la mayoría de los casos, criminal, de otro hombre sobre ellos, en tanto que el individuo llega a sí mismo en esos grupos como personalidad propia, es decir, llega a ser un hombre que condena el lacayismo ante otros seres. Ese hombre ordinario, que abandona el arado o vuelve de la fábrica, o viene del banco universitario o del gabinete del sabio, reconoce que el ser lacayo ante otros hombres, el llevar diariamente sobre las espaldas la carga del esclavo, del desheredado, es indigno. El que es obrero debe crear como hombre libre, el sabio no debe convertirse en un funcionario ni vender toda su sabiduría por dinero, pues el lacayo no es el ideal de la vida humana.

En tanto que el hombre se acerca a la verdadera personalidad, desechará de sí aquellas ideas imaginarias, las ideas que pisotean los derechos de la personalidad; las ideas de que viven forzosamente el amo y el siervo de la sociedad actual. En tanto que el hombre pone en primer término los elementos puros y luminosos de su libertad, por medio de los cuales habrá de hacer una sociedad nueva, libre y humana, se convertirá en un anarquista revolucionario y comunista consciente.

De ese modo será conquistado el anarquismo como un ideal de vida del hombre, inconscientemente por éste, es decir, el hombre libre lo concibe como es en realidad: profundo, puro y claro en el sentido humano, en armonía siempre con la vida libre, con la creación del hombre, con la naturaleza humana misma, con el ideal social aceptado libremente para su propia dicha y la de los demás.

(Continuará)

LO QUE ES EL FASCISMO

En el *National Liberal Club*, el profeso Cayetano Salvemini pronunció una extensa conferencia, *Che cosa é il fascismo*, que fué un proceso inteligente, sin encono, pero hondo en sus miras al régimen que humilla a Italia frente a quienes creen que los bienes morales deben salvarse por encima de todo.

Se explican las causas del nacimiento del fascismo y cómo, sin los procedimientos terroristas y mazorqueros, de destruirlo todo a sangre y fuego, la Italia burguesa de la casa Saboya se hubiese salvado de la revolución comunista, que fué siempre un mito. La baja cobardía de la burguesía tiburonesca de postguerra ha sido la más culpable de todo el martirio sufrido por el pueblo proletario italiano.

En la imposibilidad de dar una traducción íntegra de este documento de severidad y serenidad extraordinaria, reproducimos algunos pasajes llamativos.

Los trenes llegan a horario.

Ante estas tragedias morales, nosotros, que nos esforzamos en mantener vivo el sentido de dignidad humana en nuestro pueblo, nos quedamos mortificados cuando algún forastero nos dice tranquilamente:

—Pero los trenes llegan a horario.

Este señor no se pregunta si bajo el régimen fascista la justicia llega a horario; si la libertad llega a horario, si la dignidad humana llega a horario.

También la seguridad de la justicia, también la garantía de la libertad, también el respeto por la dignidad humana, son servicios públicos en los países civiles. El forastero que sólo se cuida de los trenes, y no de los otros servicios públicos del régimen fascista, juzgará quizás que el pueblo italiano se ha degradado tanto de no merecer un buen funcionamiento de los servicios públicos de carácter moral? ¿O es que él se ha degradado al punto de solamente apreciar los servicios públicos de carácter material?

A nadie le es lícito permanecer alejado.

A nadie se le permite retirarse inobservado e independiente en su pequeño rincón; todos deben adherirse al régimen, formal o explícitamente. Aquellos que no poseen opiniones políticas o conciencia moral, pueden hacer acto de adhesión sin dificultad alguna, prestos a cambiar de fé apenas muden las circunstancias. Pero quien tiene sus convicciones, que posee un pasado político, se encuentra en una situación espantosa. Deberá traicionar la propia fé o avenirse a ser arruinado.

Quien no tiene hijos, quien no se halla ligado con vínculos indisolubles a la tierra, podrá encontrar trabajo en el exterior, emigra y comienza su vida. Pero pocos pueden afrontar lo ignoto. Los más se hallan atados a la tierra. Piensan que no es el caso de continuar una resistencia que antes o después será rota; una madre, una esposa, esperan en silencio la decisión. Hacen un primer acto apenas perceptible de aquiescencia. Puestos en el camino, no pueden detenerse más. Millares y millares de conciencias son violadas de esta manera.

Hay gente que se deslumbra.

Existe gente que deslumbrada por el triunfo del fascismo, augura una propia dictadura para su país. Se sienten incapaces de resolver con sus fuerzas, bajo el régimen de libertad, ciertos problemas que parecen insolubles; pierden toda fe en la libertad, y esperan ser salvados por un dictador, como el enfermo busca un remedio a su dolencia en los estupefacientes. Esta gente carece sobre todo de imaginación. Juega con la palabra dictadura, sin darse bien cuenta de la realidad concreta, escondida en esa palabra. Mudarían de parecer si comprendieran cual precio de humillación debe pagar un pueblo que deja destruir sus libertades.

Cuando ustedes dicen que en Italia no existe más libertad de prensa, ustedes emiten una breve proposición de nueve breves o más letras, y luego pasan a conversar de otras cosas. Ustedes *ven* más bien los inconvenientes de la prensa libre, y se sienten disgustados. Quizás consideren a los diarios como un flagelo de la civilización moderna, y piensan que no sería nada de extraño que ciertos periodistas llevasen un bozal.

¡Pero cuanto mayores, infinitamente mayores son las desventajas de una prensa amordazada y suprimida, o monopolizada por el gobierno!

Nosotros, italianos, sabemos de qué sabor es esta experiencia. Sin prensa libre uno se convierte en ciego, sordo y mudo. Nada sabe, ni nada puede pensar. También el pueblo italiano aprenderá. La primera impresión que produce un régimen semejante es una sensación de estupor, de humillación y de intenso desaliento. De un momento a otro, cesa toda actividad política. Los partidos son anulados. Las conversaciones espiadas, ¿de qué conversar? Es el retorno a la vida del clan. Es una especie de noche perpetua, donde erran los espíritus vacíos de ideas.

La libertad es como el aire. La libertad es como la luz. Hasta que gozamos, poco o mucho de ella, no nos preocupa. Sólo cuando se comienza a perderla, es que advertimos que no podemos vivir sin ella. La libertad es necesaria a nuestro desarrollo moral, como el aire y la luz lo son al desarrollo físico.

GAETANO SALVEMINI

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

FELIX CASORATI

Durante cuatro años, desde el 14 hasta el 18, las más poderosas y monstruosas máquinas de guerra han revuelto la tierra, el aire y el agua. Todas las energías y todos los espíritus de los hombres se hallaban en vigilante tensión hacia aquella obra de destrucción. Nada era sagrado ni nada podía ser digno de vivir. Las casas eran violentadas, las iglesias derribadas, y el mismo hombre convertido en blanco del tiro de la artillería. Recuerdo haber visto en el Piave, en Caposile, los soldados intentando destruir en una villa afrescos del buen siglo veneciano, para utilizar las tablas y las bigas en la construcción de un barracón. Nada podía decir: a la mañana siguiente el cañón habría hecho todo aquello añicos y polvo. El arte también tuvo que combatir y padecer la guerra. Y también los artistas.

FELIX CASORATI — "Retrato"

Creo que la guerra influyó sobre el arte de estos diez años, más de lo que se ha podido notar.

Combatientes o no combatientes, pueblos beligerantes o neutrales, asistieron o colaboraron a la orgiástica, frenética obra de destrucción. ¡Pensad si es posible que el artista hubiese podido permanecer ileso, ausente y exento! Cuando el pintor volvió a tomar en su mano el pincel para representar la imagen del mundo, debió reproducir una serie de convulsiones y escombros. Hemos presenciado así el desarrollo victorioso de las teorías cubistas en Francia, futuristas en Italia, expresionistas en Alemania: las tres, todas, tienden, aunque de diferentes modos, a la descomposición del objeto sensible, al aniquilamiento de la criatura.

Se fué todavía más allá. Se ha intentado proclamar un arte absoluto, *sin objeto*, una pintura negativa, cuales fueron la metafísica y la alquimia.

Estuvieron de moda las impresionantes máscaras polinesias y las esculturas negras; se buscó una paternidad y un apoyo en la plástica terrible de la época románica, en la espasmódica escultura gótica. Al horror de la civilización se añadió la tortura del arte salvaje.

También Italia hubo de sufrir estas crisis; pero en la ley y en los ejemplos que le venían de tras los Alpes, fué ella la primera en detenerse en la loca carrera hacia el caos, hacia la nada.

Pudo oponer a la descompuesta manía de lo *nuevo*, su innato, su indestructible instinto de orden e intrínseco clasicismo. El artista italiano es necesariamente un clásico: no puede hacer a menos del objeto sensible, de una plácida relación de aquél a la forma. En toda la historia de la pintura italiana no existe un monstruo, una mueca que verdaderamente incuta terror: porque lo atormentado, lo lúgubre, lo quimérico, el desorden es la antípoda de la concepción que los latinos poseen de la vida y del arte.

Guillermo Hansenstein, uno de los críticos más audaces y más brillantes, intenta definir las contemporáneas tendencias del arte europeo, dictando la ley suprema: "El arte es verdadero y auténtico cuando es la función substanciada de materia, de objeto.

La medida de la objetividad substancial será la medida evidente del arte."

La posición de Félix Casorati en el arte italiano de estos tiempos es clara y definitiva. Si hay un artista, entre los de la última aventura, que se halla convencido de encontrarse en el recto y único sendero a seguirse, que jamás titubeó ni se desvió, fué precisamente él. Desde su primera obra, desde la naturaleza muerta, desde el cuadro "Las Viejas" hasta el retrato de René Gualino, se notará la característica de las sucesivas transformaciones de sus medios, pero se deberá reconocer que es único el temperamento.

Desde los 25 años, su rudo y tenaz cerebro de piamontés se halla en continuo trabajo para resolver el complejo problema de crearse un estilo, una personalidad que al ser completamente moderna, introduzca profundamente sus raíces en la milenaria tradición de la raza.

Decididamente anti-impresionista, aun en aquellos tiempos en que se difundía y se anegaba a Italia de las fáciles teorías traídas de tras los Alpes, impuso a su vena de artista los cepos de un programa de estudio severo, que luego prosiguió durante todo el curso de su existencia artística. El objeto, o el sujeto, posee para él un valor esencialísimo; tiene contornos sólidos, definidos, sintiendo naturalmente como lo sentían los clásicos. Preocupado por la composición, a fin de realizar con máxima evidencia los volúmenes y la profundidad, surgió la tortura entre el concepto y la forma. Especialmente las primeras obras son, más que todo, antes, que pinturas, arquitecturas: y puedo saber que él mismo se complacía en esa definición.

Se cuenta de un maestro del tiempo antiguo, que sometía sus telas y las de los otros a un temible y curiso experimento: para examinarlas y descubrir los defectos, les daba vuelta en todo sentido, colocándolas de lado y poniéndolas cabeza para abajo. Si el equilibrio de los colores, de las masas y de las líneas no se rompía; si la composición, aunque dada vuelta, subsistía, juzgaba que la obra poseía la calidad esencial de una buena pintura.

No quisiera que con Casorati se hiciera lo mismo, ni creo que tampoco lo haya hecho, pero su pintura resistiría a la prueba.

Ni la crítica ni el público lo amaron. Le acusaron de ser cerebral, e indudablemente las férreas leyes de la disciplina esterilizaron su inspiración. Dijeron que la factura era fría, leñosa, y en realidad se siente el esfuerzo de abandonarse a la sensual alegría de pintar. Se afirmó, además, que su estilo era árido y rebuscado, y en verdad sus primeras obras se caracterizan por la búsqueda de las particulares simetrías de elementos mecánicos o geométricos.

Más que el pintor humano era el estudioso; pero el deseo de definir una certidumbre, la necesidad de adquirir una técnica segura, la exigencia de determinar un estilo, le mantuvieron firme a lo largo del camino que se había trazado, indicándole la pintura como un terrible fin, y no todavía como un medio para expresarse.

FELIX CASORATI — "Retrato doble"

De año en año, de trabajo en trabajo, su personalidad ha ido afirmándose, en tanto que la materia se purifica, se esclarece, y ya ha desaparecido la fatiga de la construcción.

Y hoy, que él posee las cualidades de técnica y de sabiduría, que pueden reconocerse en los lejanos maestros de nuestra pintura, sabe también que podrá dar libre desahogo en los límites severos de su concepción pictórica, a los impulsos de su alma, a los sentidos, a la emoción.

De este modo completa su figura, ya comienza, no solamente a interesar, sino a ser querida. Hoy son muchos los que lo aceptan y lo aprecian, sin reticencias en las obras que exhibe y lo que él declara.

S. PIANTANIDA

FRANCISCO DE GRANADA

AÑO DE GUERRA

"Cantando pasan los quintos,
y cantando marcharán,
si regresan es seguro
que cantando no vendrán"

Llovió mucho y fuerte,
hasta hacerse más blanda que sopa la tierra,
la mustiés sequerosa del campo,
verdeó en promesa,
y los labradores,
que antes no querían
ni arar los rastrojos,
uncieron sus yuntas; la reja
se limpió de herrumbre, abriendo los surcos
y brilló volteando la tierra.

Principiaron a sembrarse los campos;
ya no había pesares, ya no había tristezas;
cantaban los mozos coplas amorosas,
gozosas reían las mozuelas;
las calandrias en los olivares
trinaban sin tino, locas de contentas;
todo sonreía celebrando el año
que en bien de los pobres Cristo corrigiera.
Por lo que decían los viejos —¡Qué cambio de tiempo!
—¡Dis está allá arriba! — proferían las viejas
—¡Qué año más hermoso! — exclamaban todos.
—¡Completo sería, si no hubiera guerras!

De aquel pueblecito,
un montón de casas al pié de la sierra,
solían llevar siempre
mozos al servicio: mozos a la guerra;
algunos volvían, más no regresaban
tan puros e ingenuos como antes lo eran;
hablaban de muertes, decían de enemigos;
hombres que siguiendo un trapo cualquiera,
conquistaban lauros a fuerza de sangre
y creaban fronteras;
palabras extrañas que allí se escuchaban,
como sanguinarios aullidos de fieras.

¡Qué año más hermoso fué ese año, Dios mío,
para la cosecha!
¡Y qué dolor trajo para el pueblecito,
la maldita guerra!...

Reclamó la patria toda la mozada;
en ciudades, pueblos, villorrios y aldeas,
juntaban los hombres, el juez y el alcalde,
como a las ovejas.
¡Qué cuadro más triste ofrecían los mozos,
que días antes fueran
la alegría del campo por su trajinqo
en dulces faenas;
¡ya dejar el campo, dejar el trabajo
para ir a la guerra!...
Algunos lloraban,
otros, los más fuertes, cantaban sus penas,
los de más coraje protestaban todos,
preguntando el por qué de la guerra.

. . . .
. . . .

Con dolor los viejos, recuerdan el año.
No se levantó; se perdió en la tierra
la cosecha grande. ¡Murieron los mozos!
¡Si no hubiera habido...! ¡Maldita la guerra!

CHARLES LOUIS PHILIPPE

EL PAN

Fué un día del mes de Agosto, cuando ella se levantó de la silla sin que nada hubiese anunciado de antemano que iba a decidirse. Se levantó sin vacilar; cogió una cesta grande. El niño estaba a su lado, y ella le dijo:

—Vamos, Carlos, ven conmigo.

Cerró cuidadosamente la puerta: quedó en la calle. El niño la miraba con sorpresa; quizá ella temiera sus preguntas. Entonces le dijo con voz de mando:

—¡Vamos!

En seguida, caminó; su vida comenzaba.

Tomó por el camino real; andaba ya con ese paso igual y algo lento de los que desde largo tiempo frecuentan las grandes rutas. Llevaba la cesta en el brazo izquierdo. Se inclinaba a la derecha para hacer contrapeso; bajaba la cabeza y se acordaba de esas mendigas que, sabiendo que nada les pertenece de cuanto ven por los caminos, pierden las ganas de mirar lo que hay en torno. El niño era aún muy joven. Caminaba como las potrancas, junto a su madre, alargando el paso, corriendo, retozando, deteniéndose algunas veces. Miraba a su madre por delante, de soslayo, por detrás, dando vueltas. Acabó por cansarse de aquel juego y le dijo:

—¿Ande vamos, madre?

A buen seguro que no iba ella muy contenta. Le contestó con sequedad:

—No me fastidies, ya verás.

Algo más lejos volvió a la izquierda y echó por una vereda que al punto sedujo al niño por sus escabrosidades, por sus vallados, y por algunas encinas que, plantadas en los bordes de los campos, daban tan grata sombra que iba corriendo a gozarla. De encina en encina fué por el camino. El cielo estaba puro, el sol cálido. De encina en encina refrigerábase; la sombra tenía el sabor de un vaso de agua. Los pájaros hacían como él, y cuando se encaramaban entre hojas, celebraban en su lenguaje la victoria que acababan de ganar contra el sol ávido. Vió a uno que, con la cabeza erguida balanceaba la cola, y parecía presa de tan grande alegría, que al mirarlo entraban ganas de volverse, como él, un pajarillo.

Habló a su madre, quiso enseñárselo, y preguntó:

—¿No es a ese pájaro que llaman ruiseñor?

Ella ni aún lo miró y contestó en seguida:

—No lo sé.

Sólo al estar algo más lejos pareció menos ensimismada. A fuerza de andar por los caminos, llegaron junto a una casa. Entonces ella sintió la necesidad de armarse de valor, y para ver si era capaz de hacerlo, como el chico no dijera nada, empezó a hablar de esta manera:

—Mira: llegamos a la alquería del Coto Redondo. Vamos a casa de la tía Renón.

La tía Renón, que estaba en el patio dando de comer a las gallinas y demás aves, vióles llegar con sorpresa; aun no sabía nada. En seguida les gritó:

—¡Oh! ¿Es usted Solange? ¿Y viene con ese buen mozo?

Solange comenzó sin preámbulos:

—No me queda más remedio, tía Renón: ha sido preciso que me decidiera a venirla a ver.

La tía Renón era una campesina de vientre voluminoso, senos abultados y espaldas anchas. Había tenido hijos, habíalos amamantado, había puesto mano en mil quehaceres. Pero ahora era anciana, su puesto no era ya el de antes; no iba a los campos, quedábase en la casa. Llamábanla la Tía. Daba de comer a las vacas, daba de comer a los puercos, daba de comer a las gallinas. Ordeñaba las vacas, preparaba la comida para los mozos.

—Mire Vd., Solange, le hace falta así de pan? Si hubiese venido algo más tarde, habría encontrado peras. De todos modos, tome usted este queso! Aquí tiene usted unos cuantos huevos, pero que no se enteren los mozos. Vuelva Vd., por allá en el tiempo de las castañas, habrá peras y nueces... ¡Ah, si quiere usted aguardar hasta las cuatro y media, iré a ordeñar las vacas. ¿No querrías tú, chiquillo, un trago de leche?

Solange contestaba:

—No, tía Renón; nos ha dado usted lo que hacía falta, y ahora nos toca irnos.

Y en el umbral de la puerta recapituló todos los motivos que la impulsaron a venir:

—Ya lo ve usted, lo he probado todo. He tratado de buscar trabajo, pero como quiere usted que encuentre: Bien lo tengo ya. Luego traté de comer menos, pero me caía de flaqueza. Además cuando una se ha pasado todo el día llorando, yo le aseguro a usted que por la noche tiene ganas de comer! ¡En fin, a la mano de Dios! Mire usted, voy en busca del pan.

Ella buscaba el pan. Es un empleo duro. Cuando le lograba, se daba cuenta de que en la vida hay cosas que importan tanto como el pan.

No la recibían mal en las alquerías, sin embargo. Los perros ladraban, pero no se le echaban encima. Las mujeres, al verla venir, abrían la puerta y gritaban al perro:

—¡Cállate, so animal!

Luego decían:

—¿Y qué me tocaría hacer a mí, pobre Solange, a mí, que tengo dos chicos, si llegara a perder a mi hombre? También tendría que buscarme el pan.

Además, aunque fuera bien recibida, nunca estaba segura. Un antojo, un capricho cualquiera, o que por una vez hubiese dado las gracias con menos fervor que de costumbre, habrían bastado para ofender a las gentes, pues quienes hacen el bien quieren que los demás lo noten. No habrían tenido miramientos para decirle:

—No puedo darle a usted nada. El pan que tengo lo necesito para mí.

Después de todo, el pan que recibía no le causaba gusto alguno. Lo ponía en la mesa, lo dejaba un buen rato; sentíase algo triste, sentíase algo avergonzada, se decía:

—Seguramente es bueno este pan, pero no tengo ánimos para comerlo. Dábanle pedazos grandes. Algunas veces cachos de pan dorado, sin salvado ni centeno, hecho de harina sola. Bastaba tener saliva. El pan se deshacía en la boca; el pan se comía sin sentirlo.

El niño era dichoso. No se daba cuenta aún, acababa de descubrir que se puede comer algo bueno. A veces, sin motivo, sólo por gusto, exclamaba:

—Mamá, tengo hambre.

Ella le cortaba grandes rebanadas. El echaba a andar por la casa para comérselas paseando. Luego se ponía a cantar. A ella no le gustaba esto. Le decía:

—No debes estar contento, hijito, es el pan que hemos mendigado...

(Del libro póstumo "Charles Blanchard").

***

Goethe y su concepción teogónica

"Es natural al hombre —decía Goethe— considerarse como el fin de la creación y no dar valor a las demás cosas más que en relación consigo mismo y en cuanto le sirven y aprovechan. Se apodera del mundo vegetal y animal, y cuando ingiere otras criaturas, como alimentación adecuada, se muestra reconocido a su Dios y alaba su bondad, que tan paternalmente cuida de él. A la vaca le toma la leche; la miel a la abeja; a la oveja la lana, y porque da a estas cosas un fin útil para sí, cree que han sido creadas para eso. No puede pensar que ni aun la más mínima hierba no ha sido hecha para él, y si actualmente no ha reconocido su utilidad, espera que en lo futuro le descubrirá alguna.

"Y pensando así en lo general, piensa del mismo modo en lo particular; lleva a la ciencia su idea de la vida corriente, y pregunta el fin y la utilidad de cada una de las partes de los seres orgánicos.

"Esto puede pasar durante algún tiempo, y durante algún tiempo la ciencia puede satisfacerse así; pero pronto se encontrará con manifestaciones que no pueden explicarse con un punto de vista tan mezquino y en las cuales necesita el apoyo de una concepción más elevada para no perderse en un cúmulo de inextricables contradicciones.

"Estos maestros utilitarios dicen: el buey tiene cuernos para defenderse. Pero ahora pregunto yo: ¿Por qué no los tienen las ovejas? y si los tienen, ¿por qué los tienen tan retorcidos que no les sirven para nada?

"La cosa cambia de aspecto si digo: el buey se defiende con los cuernos porque los tiene.

"La cuestión del fin, la cuestión del *para qué*, no es científica. Mucho más fecunda es la cuestión del *cómo*. Pues si pregunto: ¿Cómo tiene cuernos el buey?, esta pregunta me conduce al estudio de su organización y me enseña en seguida por qué el león no tiene cuernos ni puede tenerlos.

"Así el hombre tiene en su cráneo dos partes vacías, huecas. La cuestión del *para qué* no nos serviría de gran cosa en este punto, mientras que la cuestión del *cómo* me enseña que estos huecos son restos del cráneo animal, que en las organizaciones inferiores son muy grandes y que el hombre, a pesar de su elevado nivel, no los ha perdido del todo.

"Los profesores utilitarios creerían haber perdido a su Dios si no pudiesen adorar a aquel que ha dado cuernos a los bueyes para que se defiendan. Pero a mí permítaseme adorar al que fué tan grande en la riqueza de sus criaturas, que, después de haber hecho miles de plantas diversas, hizo una en que todas las demás estaban contenidas, y después de haber creado miles de animales diversos, creó un ser que los compendia a todos: el hombre.

"Venere quien quiera a aquel que les da alimentos a los animales y a los hombres toda la comida y bebida que pueden necesitar. Yo adoro al que ha puesto en el mundo tal fuerza productiva que basta la millonésima parte de ella para que hormiguee la tierra de criaturas, de modo que ni guerra, ni peste, ni agua, ni fuego puedan nada contra su fecundidad. Ese es mi Dios."

GOETHE

1830.

(*Conversaciones con Goethe*, S. P. Eckermann).

LOS MEDICOS

... Los médicos han estudiado y conocen muchas enfermedades; pero para curar un enfermo, hay que examinarlo con el instinto que da una gran bondad. En los hospitales, los cirujanos internos, viejos y jóvenes, practican la ciencia de las escuelas; sin embargo mueren muchos hombres, y es porque no se les sabe cuidar con amor. La bondad es más fuerte que la ciencia humana. Sería preciso que la medicina fuera un sacerdocio, y que los médicos profesaran su oficio como quien cumple un sagrado deber. Haría falta que cada día el médico, lejos de los placeres del mundo, penetrara dentro de su pensamiento y de su corazón para recogerse y fortificarse.

El cerebro es suficiente para conocer las enfermedades, pero un cerebro aunado con un gran corazón, ¡esto es lo que hace los milagros! Se adivina lo que se había comprendido y el amor, sobrepujando a las ideas, guía en todos los dédalos. Isaac Newton descubrió la gravitación, no porque fuera un sabio, sino porque tenía alma de poeta.

Los médicos que recorren los campos, con su sangre espesa y sus ideas serenas, entran en las casas y miran las enfermedades como un ingeniero contempla un terraplén que hay que desmoronar. Los hombres son, para ellos, simple materia donde ejercer su oficio, y la medicina es una ciencia que no se puede aplicar a los hombres como la que se aplica a las piedras.

CHARLES LOUIS PHILIPPE

"La Madre y el Niño"

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

II

Mientras que en la ciudad medioeval prevalecía el "salario justo", en el sistema capitalista la valorización de la fuerza de trabajo está sometida a las mismas leyes que todo otro artículo, con la diferencia que el valor de los artículos consiste en los gastos de producción, de material y de cambio, pero el valor de la fuerza de trabajo, corresponde a la suma de los gastos necesarios para su conservación.

¿Qué hay que comprender por "conservación de la fuerza de trabajo?" Ese término quiere decir más que la suma de las meras necesidades materiales de la vida del obrero individual. Incluye también los gastos para la suplantación correspondiente por las generaciones nuevas. El obrero debe poder mantener también a su mujer y a sus hijos. Además están involucrados en él los gastos de aprendizaje de los obreros de oficio, el costo de los estudios para los obreros intelectuales y demás. Toda modificación en el costo de uno o de todos estos componentes lleva, pues, también a una modificación del precio de la fuerza de trabajo.

Tampoco las "necesidades materiales de la vida" son cantidades fijas y permanentes. Pueden mostrar en diversas regiones grandes diferencias y modificarse también en períodos mayores o menores en una misma localidad. Nos referimos aquí en especial a las oscilaciones de los hábitos de vida y de las necesidades vitales.

Es significativo que el capitalista, que —lo expresa ocasionalmente con franqueza y lo demuestra diariamente al paralizar una importante función económica, cuando no es rentable para él— es el único a quien guía la aspiración de la ganan-

cia, intenta siempre, incansablemente, modificar de tal modo las condiciones mencionadas, que el precio del trabajo baja sin que, como sería por ejemplo el caso de una reducción de los precios de los artículos, obtenga de ello una ganancia. La aspiración de los capitalistas está dirigida, despues, especialmente a rebajar el nivel de vida del obrero y aquí se le ofrecen los medios más diversos, de los cuales muchos han sido aplicados en tal proporción, que han llevado parcialmente a la formación de ramas especiales de la industria. Un gran rol es jugado aquí por la falsificación de los alimentos, que ha llegado, por los progresos de la ciencia química, a su prosperidad culminante y a lo cual estamos ya tan habituados que apenas las advertimos. También la vivienda pertenece a esos empeoramientos del nivel de vida de la clase obrera. Hasta la aparición de la industria era algo completamente desconocido ese amontonamiento de masas humanas. En general, todas las condiciones de nuestra vida están expuestas a continuos empeoramientos. No tenemos más que referirnos a la uniformación de la habitación y de la indumentaria. Todo se ve desde el punto de vista de la produción en gran escala y mecánica.

En el mismo sentido obra también la suplantación del trabajador de oficio. El empleo en grandes proporciones de esos medios de reducción que hacen las industrias norteamericanas, ha sido indicado ya. Con ello se libra el capitalismo del pago de un premio para los conocimientos profesionales y al mismo tiempo para los gastos de aprendizaje de la prole. Otra ganancia está en que la fuerza humana de trabajo puede utilizarse completamente desde la adolescencia o antes. Pero la ventaja más directa, más decisiva, es que los establecimientos, con un proceso de producción de tal modo mecanizado, no son dependientes ya sólo de fracciones del mercado del trabajo, sino que pueden dirigirse a todo el mercado del trabajo para encontrar suplantación de las fuerzas de trabajo consumido o que abandonan el establecimiento. Esto es tanto más importante cuanto que el precio de la fuerza de trabajo, lo mismo que el precio de los artículos—es sometida a la ley de la oferta y la demanda.

Pero esa ley no se comporta lo mismo ante la fuerza de trabajo que ante las mercaderías, lo que se explica por la desigualdad económica general entre el productor de artículos o propietario de artículos y el propietario o vendedor de fuerza de trabajo. La mercadería puede ser retirada fácilmente cuando su venta no parece ventajosa. La ley de la oferta y la demanda puede hasta excluirse completamente de ella, cuando los capitalistas se asocian en un cartel de precios o cuando restringen la producción. Tales influencias en la oferta, no son posibles o sólo muy condicionadas en la fuerza de trabajo. No sin razón se ha dicho de los obreros que están continuamente en situación de bancarrota y que deben liquidar su fuerza de trabajo a todo precio.

Es verdad que los obreros se han agrupado en todos los países industriales en sindicatos que intentan ejercer, en ciertas circunstancias, por los medios de la negativa organizada y corporativa del trabajo, una influencia en el precio del trabajo y hasta un cierto grado pueden también ejercerla, pero esa asociación tiene, sin embargo, límites muy restringidos.

Un abaratamiento de la fuerza de trabajo, puede, además, ser alcanzado por el hecho que el costo del mantenimiento de la vida, no depende ya sólo del padre de familia, sino de los demás miembros — mujeres e hijos — integrados en la vida industrial, que de ese modo se hacen cargo de una parte del mantenimiento del hogar.

Esa ruta del abaratamiento del costo de trabajo ha podido realizarse con la aparición de las máquinas y la simplificación del trabajo conseguido por ellas con una disminución simultánea de los esfuerzos físicos, y ha conducido ya, tras breve tiempo, a un formidable empleo de mujeres y de niños. No en último término ha contribuido la confiscación de toda la fuerza de trabajo de la familia obrera, sin consideración a la labor casera de la mujer y a los niños necesitados aún de atenciones, a la fuerte reducción de los salarios en el primer tercio del siglo pasado.

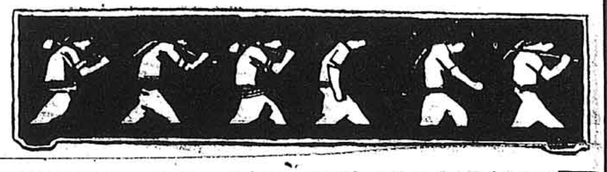
El medio más decisivo y en todos los tiempos el más discutido para la reducción de los gastos de trabajo, es el aumento y la prolongación de la jornada. Esa discusión es, justamente considerada, la disputa en torno a la parte de la vida que el obrero sacrifica al capitalista. Aquí están diametralmente opuestos los intereses de dos partidos. Cada cual defiende su derecho: el obrero lidia por el derecho a afirmar el propio poder de disponer sobre una parte lo mayor posible de su vida; el capitalista por el derecho de utilizar en su provecho una parte todo lo mayor posible de la vida del obrero. Pues cuanto más tiempo pueda forzar el capitalista al obrero en su servicio, tanto menor será el porcentaje que necesita asegurar al trabajador por el producto de su propio trabajo.

La lucha por la jornada ha dominado ya en las épocas anteriores al capitalismo y se ha inflamado repetidas veces en el período de las manufacturas. Sin embargo los capitalistas consiguieron sólo lentamente ampliar la jornada. Si finalmente pudieron los capitalistas imponer a los trabajadores la jornada "natural", es decir, desde la salida a la puesta del sol, y hoy nos parece terrible, hay que tener presente que frente a la larga jornada en el verano, está la corta jornada del invierno y que el trabajo del verano era interrumpido por muchas y largas pausas. Otro alivio de esa jornada "natural" son los incontables días de fiesta de aquel tiempo. "De la amplitud de los días de fiesta — dice Sombart en su historia del moderno capitalismo — nos damos una idea difícilmente aproximada: todavía en el siglo XVII apenas se trabajaba, en la industria del hierro de algunas calidades, cien jornadas de ocho horas. En París, donde en el año 1660, se quería reducir los ciento tres días de fiesta a ochenta, estallaron disturbios y se agregaron seis más". "Así encontramos, en la época inicial del capitalismo, aquella rara circunstancia de la incompensabilidad temporal que nos asombra tanto en el trabajo de la edad media: junto a jornadas infinitamente largas, (generalmente de la salida a la puesta del sol, incluso en el verano), innumerables días festivos, aumentados aun por el hábito del lunes "azul" (y también del martes) y de lo que hoy se llama "sábado inglés": Vauban contaba aun solo 180 días efectivos de trabajo al año."

Esa situación casi idílica ha durado íntegramente hasta el estalido de la revolución industrial y fué quebrantada definitivamente sólo con la implantación de las primeras máquinas.

Del último tercio del siglo XVIII data la gran confiscación de la vida del obrero y su transformación en un esclavo de la fábrica, a quien ni siquiera le está deparada la protección de las leyes del agotamiento natural. El punto culminante de esa explotación de la fuerza de trabajo, que va hasta la piratería franca de la vida, está en la mitad del siglo XIX, pero el curso ulterior sólo aporta un lento mejoramiento gradual, y la satisfacción de la demanda hecha ya en 1866 en el congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, las ocho horas, se acerca a su realización, aunque incompleta, medio siglo más tarde.

Pero no hay que olvidar que la implantación efectiva de las ocho horas, en la segunda y tercera década del siglo XIX, no tendría la misma significación que una regularización idéntica de la jornada en 1870-80 del siglo pasado. Entretanto, se ha producido una intensidad del trabajo apenas sospechada hace medio siglo, lo cual hace que la fuerza de trabajo se agote más rápidamente. Por ese aceleramiento del ritmo del trabajo, es artificialmente reducido el período activo de la vida, es decir, el período vital del obrero, durante el cual posee su completa fuerza creadora, y acelera el advenimiento de la edad inepta para el trabajo. En otras palabras: El horror civilizado del exceso de trabajo, es sustituido, en el mejor de los casos, por el horror peor aún de la intensidad del trabajo, tal cómo ha encontrado hasta ahora su realización clásica en los grandes establecimientos norteamericanos y como entra de contrabando en Europa bajo la denominación inocente de "dirección científica de las fábricas." De ese modo amenaza convertirse todo éxito de los obreros, en la lucha por la limitación de la jornada, en una victoria de Pirro, en una ilusión, si no se consigue al mismo tiempo imposibilitar un tráfico más rápido de la fuerza de trabajo.



También hay que tener en cuenta otros factores en la valorización de la jornada. El desenvolvimiento industrial — para dar un ejemplo — ha llevado a la formación de poderosos centros de trabajo, que se han distanciado cada vez más de los centros de la vivienda obrera. Eso significa que el empleo de tiempo del obrero, para ir y venir del lugar del trabajo, es mayor y la disposición real del obrero sobre su jornada, ha decrecido más aún. Es verdad que con ese desenvolvimiento ha tenido lugar también un aumento de los medios de comunicación, (trenes, bicicletas, tranvías, y últimamente el pequeño auto), pero todo esto no ha acortado correspondientemente el empleo de tiempo del obrero.

Las distancias que tienen que recorrer hoy, a menudo, los obreros para llegar al lugar de trabajo, son ilustradas por tres cuadros estadísticos del informe anual de los funcionarios sajones de la inspección industrial para 1923-24, cuyos datos resultan de las estadísticas hechas en 23 grandes establecimientos. Según ese documento, de cada 100 obreros, sólo 16,3, habitan en la localidad del establecimiento; 23,3 por ciento a una distancia de 2 kilómetros; 30,5 por ciento a una distancia de hasta 5 kilómetros; 13,6 por ciento hasta 7 kilómetros; 7,3 por ciento hasta 10 kilómetros; 5 por ciento hasta 13 kilómetros; 1,9 por ciento hasta 20 kilómetros; 2 por ciento hasta 30 kilómetros y 0,1 por ciento a una distancia mayor de 30 kilómetros. Sólo para el 51 por ciento era el tiempo empleado en ir o venir, de media hora o menos. 32,7 por ciento necesitaban hasta una hora; 11,4 por ciento hasta hora y media; 3,5 por ciento hasta dos horas, y 1,3 por ciento más de dos horas para ir y otro tanto para regresar del lugar del trabajo. Con nos excepciones esas estadísticas se refieren a establecimientos situados fuera de la ciudad. Puede parecer que los ejemplos expuestos son especialmente desfavorables para los trabajadores. Pero consideremos las cifras de los dos establecimientos situados en la gran ciudad y se observará que la diferencia no es muy grande. En esas dos fábricas las condiciones son aún más desfavorables que en el término medio citado, pues sólo el 44,3 por ciento de los obreros necesitaban media hora y menos, mientras que el 36 por ciento necesitaban hasta una hora, 11 por ciento más de dos horas para acudir al establecimiento y otro tanto para regresar.

Sin haber agotado todos los factores que hay que considerar para la valuación de la jornada, creemos sin embargo poder deducir la siguiente conclusión: También la jornada es, como el salario, algo muy distinto en diversas épocas y bajo diversas circunstancias. Por eso no hay que medir con la misma medida la jornada del período de las manufacturas y la jornada de una fábrica de la mitad del siglo XIX, o ésta con la jornada de nuestros días. Las doce horas que pasaba el zapatero del siglo XVIII en su labor son — aun cuando se pase por alto los numerosos días festivos de aquel tiempo y el tradicional "lunes azul" — algo distinto de las ocho horas durante las cuales el zapatero actual es encadenado en la moderna fábrica de calzado, en su efecto sobre los obreros, y no podría ser considerada esa diferencia con la simple proporción 12 a 8. Eso se revela ya en el cuadro externo de una vieja habitación de zapatero y en la sala de trabajo de una fábrica de calzado de nuestro siglo. Allí oficiales alegres que silban y cantan, manteniéndose reciprocamente despiertos en el trabajo por la conversación y las bromas, aquí los movimientos mecánicos de los esclavos de las máquinas — las ocho horas son una eternidad — que no pueden esperar una redención de esa monotonía más que en la muerte. En ese ambiente no hay ya espacio para conversaciones animadas y canciones alegres.

Aquí domina sola la sorda rotación de los monstruos de hierro que sofocan pronto, también el pensamiento humano.

El tiempo en que el canto acompañaba el trabajo ha pasado, ha pasado el tiempo del zapatero versificador y el del fundidor de campanas filósofo. Por la especialización y la mecanización se ha privado al trabajo de todo sentido interior para la actividad creadora. No es ningún milagro que no tropecemos ya con aquel tipo del inventor obrero de que se conocen tantos ejemplos en el siglo pasado, pues no existe ya ninguna relación interna más entre la obra y el creador. Para el moderno obrero fabril la máquina no es una ayuda, sino un instrumento de tortura del cual sólo conoce en casos raríssimos sus leyes funcionales. Por eso no hay que medir la diversidad de la jornada de trabajo sólo en base a su duración.

En el libro de Ford, ya varias veces citado, inténtase negar ese efecto aterrador de su sistema de producción y se quiere demostrar con algunos ejemplos que sus obreros se sienten muy bien en el trabajo que se les entrega y sólo raramente piden un traslado a otro lugar. Pero algunas cifras que menciona en otro capítulo de su libro son apropiadas para refutar perfectamente su propia afirmación. Así por ejemplo, sabemos que en 1914 a pesar de que los salarios pagados por Ford eran generalmente más elevados que el salario usual y de que la jornada de trabajo fué reducida desde enero de ese año de 9 a 8 horas, han tenido que ser incorporadas 53.000 personas para mantener el contingente obrero en la cifra de 14.000 hombres. En otros términos, eso quiere decir que en el curso de un año han sido empleadas cuatro veces más personas de las que ocupaba por término medio el establecimiento. Esta es la mejor prueba de que los métodos de Ford han tenido que obrar como una plaga en los trabajadores. Espontáneamente, como Ford dice, no ha debido ser resuelta la disminución de la jornada y la elevación de los salarios. Es claro que un cambio tan formidable como el que existía en 1914, debía ser fatal para la empresa. Cuáles son hoy las condiciones bajo ese aspecto, no lo sabemos exactamente. Ford advierte que no se lleva ya ninguna estadística sobre el cambio del personal, pues entre tanto ese problema ha perdido todo interés para el establecimiento. Pero el cambio de personal es siempre importante, pues Ford mismo lo calcula en un 5 por mes, lo que al año daría el asombroso porcentaje de 36 a 72.

Pero aunque el cambio anual de personal no merezca ser hoy nombrado sobre el término medio de la industria americana, con eso se ha probado muy poco. Hay que tener presente que el espíritu de Ford se presenta hoy al obrero en todo establecimiento industrial. Muy probablemente también la gran desocupación que después de la guerra, ha mantenido continuamente casi seis millones de obreros sin trabajo en los Estados Unidos, dificulta

haciendo así la perspectiva de ocupación en otros establecimientos, lo cual no ha dejado de tener su influencia en la gran permanencia del personal de las obras de Ford.

En ningún caso puede negarse que la amplia metodización del proceso de trabajo que incluso controla fragmentos de segundo de los obreros, está ligada a un envejecimiento prematuro y a un desgaste más rápido de la fuerza de trabajo. Una indicación bien clara al respecto la contienen todas las estadísticas referentes a la duración de la vida humana. Un estadístico de la *Metropolitain Life Insurance Co.* de New York ha calculado que la vida del obrero industrial en la ciudad del mismo nombre no llega más que a 62 años, mientras que la duración de la vida de los demás obreros es de 70 años (*Monthly Labor Review*, Wáshington, enero de 1925). Más desfavorable sería aún el cuadro si la estadística se refiriese, no a la duración de la vida, sino a la duración de la capacidad de trabajo, pues ésta se agota indudablemente antes. Un ingeniero americano — Walter N. Polakow — ha declarado en una conferencia en ocasión de una reunión común de la sociedad Taylor y de la sociedad norteamericana de ingenieros mecánicos en New York, que la fuerza de trabajo de un obrero ocupado según el sistema Taylor es agotada ya a los 45 años y que 9 de cada diez obreros son incapaces de resistir la proporción del trabajo prescrito).

BIBLIOGRAFIA

"IDEARIO" — Ricardo Mella.—

Los camaradas de España, hace un tiempo, desde la desaparición de Ricardo Mella, se propusieron llevar a cabo una labor que ha de resultar el más bello homenaje al escritor, al hombre de saber y al luchador de fé inquebrantable.

Se procura recoger todas las páginas dispersas que con generosidad intelectual ejemplar, sembró su talento robusto y siempre bien informado.

Se anuncia, por lo pronto, el "Ideario", en que, debidamente clasificados, se recogerán sus trabajos más notables, que se publicaron en diversos periódicos y revistas. Esta colección de artículos y estudios que próximamente será puesta en venta, consta de un volúmen de 400 páginas, pliego más o menos, en tamaño 4o. estrecho, o sea 22 x 14 centímetros. Fuera de texto, llevará un retrato de Ricardo Mella, impreso en papel *couché*.

Además de las secciones que tendrá el libro con texto conocido, se añadirá al final otra nueva titulada "Fragmentos inéditos", en la que los editores se proponen insertar, por lo menos, un hermoso trabajo escrito por Mella en los últimos tiempos, que se pudo conseguir después de comenzada la tirada. Si no se lograra obtener otros trabajos igualmente desconocidos, este a que se refieren los editores consiste en cinco cuartillas, el cual procurarán darlo en facsímil.

Los editores de "Ideario" esperan, por todo ello, que cuantos se educaron y deleitaron con los escritos de Ricardo Mella presten interés a esta empresa de fervoroso homenaje a la memoria del maestro. Al efecto, ruegan a cuantos piensen adquirir el libro que envíen el importe del mismo por adelantado, para así hacer frente en mejores condiciones a los gastos de edición. En reciprocidad se les servirá el tomo a cuatro pesetas, en vez de a cinco a que se venderá luego en las librerías.

Para todo cuanto se relacione con "Ideario" dirigir la correspondencia a José Villaverde, Velázquez Moreno, 49, Vigo; y a "Solidaridad Obrera", Cabrales, 88, Gijón.

EL RETABLO DE MAESE PEDRO

¿A quién no le ha llamado la atención en las grandes ciudades, de cualquier país que sean, bajo cualquier forma de gobierno que vivan, y sea cualquiera que sea el color de la piel de sus habitantes, esos corrillos que se forman espontáneamente en las esquinas de las calles o en las plazas, en torno a un vendedor de específicos milagrosos para hacer crecer el cabello, para componer platos rotos o para cualquier otro menester? Se da uno cuenta de que se le estafará, de que nada hay de cierto en lo que el charlatán pregona, sin embargo nos paramos, escuchamos con la boca abierta tantas maravillas, que acabamos por comprar el específico para componer los platos rotos. ¿Hay cosa más estúpida y más insulsa que un gitano que hace bailar un oso o que un titiritero que hace piruetas? Sin embargo allá vamos y formamos corro y damos nuestro óbolo. La humanidad parece que no se compusiera más que de bobos que admiran el retablo de Maese Pedro y de Maeses Pedro que viven de la estupidez de los demás.

Pero al fin y al cabo, los charlatanes de feria que nos sacan algunos centavos por sus panaceas infalibles, son los Maeses Pedro más inofensivos; hay otros más peligrosos, más fatales para nuestro bienestar y nuestra libertad, y también nos paramos a escucharles y también nos dejamos engañar por ellos. Nos parece que en resumidas cuentas nada perdemos con formar en el público de un diputado ni con darle lo poco que nos pide, una simple papeleta electoral cada cuatro años, poco más o menos; son tantos los espectáculos de la vida, son tantas las atracciones que se nos ofrecen, que raramente nos paramos a meditar sobre nosotros mismos; por eso no comprendemos los males que hemos contribuído a crear con sólo haber formado parte por un momento del público de un candidato a diputado.

Tradicionalmente se nos ha educado en esa concurrencia a todos los tablados de la farsa y hasta se nos ha impuesto esa concurrencia como una especie de deber, — religioso, cívico. ¿Cuán trágico no ha sido durante milenios y sigue siéndolo aún el retablo religioso? ¿Hay cosa más idiota que la invención del catolicismo y su liturgia? Y el sacerdote, ¿no es un ser repulsivo por todos conceptos, como simulador taimado y como explotador de la inconsciencia pública? Sin embargo, no falta nunca público para esos redomados Maeses Pedro de la farsa religiosa. El pobre diablo de feligrés se dice: "¡en resumidas cuentas nada se pierde si al morir no encontramos ni el infierno ni el paraíso de las santas escrituras!" — y es tal su celo en el cumplimiento de los deberes para con la iglesia, que no se para a reflexionar que al dar su persona a esa farsa, pierde hasta el sentido de la vida.

Y eternamente bobos, eternamente inclinados a admirar los retablos de la picardía y de la mentira, hemos dado existencia al militarismo, al rey, al presidente, etc., etc. Por todas partes, en todas las latitudes, en todos los climas, una parte de la humanidad, — desde el charla-

Errico Malatesta (8)

EN EL CAFÉ

Ciertamente entre los actos que el Código castiga hay algunos que son y serán siempre malas acciones; pero son excepciones, y dependen del estado de embrutecimiento y de desesperación a que la miseria reduce a los hombres.

Pero en general los actos castigados son los que lesionan los privilegios que los señores se atribuyeron y los que atacan al gobierno en el ejercicio de su autoridad. Por consiguiente, la policía, eficaz o no, sirve para proteger, no la sociedad entera, sino a los señores y a tener sometido al pueblo.

Tú hablabas de ladrones. Pero, ¿quién es más ladrón que el propietario que se enriquece robando el producto del trabajo de los obreros?

Hablabas de asesinos. Pero ¿quién es más asesino que los capitalistas que, por no renunciar al privilegio de mandar y vivir sin trabajar, son la causa de las privaciones atroces y de la muerte prematura de millones de trabajadores, sin hablar de la continua hecatombe de niños?

Estos ladrones y estos asesinos, mucho más culpables y mucho más peligrosos que los pobres diablos impulsados al crimen por las miserables condiciones en que se encuentran, no son molestados por la policía: ¡más bien!...

Gino. — En resumen, tú crees que, hecha la revolución, los hombres se volverán de inmediato, de los pies a la cabeza, angelitos. Todos serán respetuosos de los derechos ajenos; todos se querrán bien y se ayudarán; no habrá ya odios ni envidias... el paraíso terrestre, ¿no es así?

Jorge. — De ningún modo. Yo no creo que las transformaciones morales tengan lugar repentinamente. Es verdad, un cambio grande, inmenso lo habrá por el solo hecho del pan asegurado y de la libertad conquistada; pero todas las malas pasiones, que se encarnaron en nosotros por la acción secular de la esclavitud y de la lucha de cada uno contra todos, no desaparecerán de un golpe. Existirá por largo tiempo aún quien se sentirá tentado a imponer con la violencia la propia voluntad a los demás, quien querrá aprovecharse de las circunstancias favorables para crearse privilegios, quien conservará hacia el trabajo la aversión que le han inspirado las condiciones de esclavitud en que está constreñido a trabajar hoy, etc.

Gino. — Por tanto, ¿aun después de la revolución será preciso defenderse contra los malhechores?

Jorge. — Muy probablemente. Bien entendido que entonces serán considerados malhechores no los que no desean morir de hambre sin rebelarse, y menos los que atacan la organización social actual y tratan de sustituirla por una mejor, sino aquellos que causen mal a todos, los que atenten a la integridad personal, a la libertad y al bienestar ajenos.

Gino. — En consecuencia se necesitará siempre una policía.

Jorge. — De ningún modo. Sería verdaderamente una imbecilidad si, para guardarse contra algún violento, algún haragán y algún degenerado, se abriese escuela de haraganería y de violencia constituyendo un cuerpo de bandidos que se habitúan a considerar a los ciudadanos como carne de esposas y de prisión y a hacer de la caza al hombre su principal y única ocupación.

Gino. — ¡Y entonces!

Jorge. — Entonces nos defenderemos por nuestra cuenta.

Gino. — ¿Y crees que eso sea posible?

Jorge. — No sólo creo que sea posible que el pueblo se defienda por sí mismo sin delegar a nadie la función especial de la defensa social, sino que estoy convencido que es el único modo eficaz.

¡Dime! Si mañana llega a tu casa alguien perseguido por la policía, ¿lo denunciarás?

Gino. — ¡Estás loco! Ni aunque fuese el peor de los asesinos. ¿O es que me tomas por un policía?

Jorge. — ¡Ah, ah! debe ser un buen oficio el de policía si todo hombre que se respeta o estimaría deshonrado ejerciéndolo, aun cuando lo considere útil y necesario a la sociedad.

Y ahora, dime otra cosa. Si llegase a tu casa un enfermo de enfermedad infecciosa o un loco peligroso, ¿lo llevarías al hospital?

Gino. — Ciertamente.

Jorge. — ¿Incluso por la fuerza?

Gino. — Pero... ¡comprende! ¡si se lo dejase libre podría hacer daño a tanta gente!

Jorge. — Ahora explícame, ¿por qué te guardarías bien de denunciar a un asesino, mientras llevarías al hospital, incluso con la fuerza, a un apestado o a un loco?

Gino. — Pero... ante todo porque me repugna oficiar de policía, mientras que considero cosa honrosa y humanitaria hacer de enfermero.

Jorge. — Por tanto tú ves que el primer efecto de la policía es el de desinteresar a los ciudadanos de la defensa social, más aún: el de ponerlos de parte de aquellos a quienes, con razón o sin ella, persigue la policía.

Y además, cuando llevo alguien al hospital sé que lo dejo en manos de los médicos, los cuales tratan de curarlo para ponerlo en libertad en cuanto se haya vuelto inofensivo para sus semejantes. En todo caso, aunque sea incurable, tratan de aliviar sus sufrimientos y no le infligen nunca un tratamiento más severo del que es estrictamente necesario. Y si los médicos no cumpliesen con su deber, el público les obligaría a ello, porque se entiende que la gente está en el hospital para ser curada y no para ser martirizada.

Mientras que al contrario, si se consigna a alguien en manos de la policía, ésta considera cosa de amor propio el hacerlo condenar, importándole poco que sea reo o inocente; además lo encierra en una prisión donde, en lugar de tratar de mejorarlo a fuerza de atenciones afectuosas, hace todo lo posible para hacerlo sufrir y lo exaspera cada vez más, poniéndolo luego en libertad como enemigo mucho más peligroso para la sociedad de lo que lo era cuando entró en la cárcel.

Gino. — Pero eso se podría modificar con una reforma radical...

Jorge. — Para reformar, amigo mío, o destruir una institución, lo primero que hay que hacer es no crear una corporación interesada en conservarla.

La policía (y lo que digo de la policía se aplica también a la magistratura) al ejercer el oficio de enviar la gente a la cárcel y de masacrarla cuando se presenta la ocasión, acaba siempre por considerarse y por estar en lucha con el público. Se encarniza con el delincuente verdadero o supuesto con la misma pasión con que el cazador persigue la caza, pero al mismo tiempo tiene interés en que haya delincuentes, porque ellos son la razón de su existencia; y cuanto más crece el número y la nocividad de los delincuentes, más crece el poder y la importancia social de la policía!

tán de feria hasta el rey o el supremo comisario del pueblo—, mantiene los retablos de la farsa, y la otra, la inmensa mayoría, trabaja y suda y se paga con la satisfacción de ver bailar un oso, de recibir la bendición de un cura o de escuchar el chorro de la elocuencia de un candidato.

Nosotros queremos transformar el mundo, crear el hombre del porvenir, el hombre nuevo que comprenda que es tan indigno formar corro a un Maese Pedro impudente, como oficiar de Maese Pedro y explotar la estupidez de las gentes. Para eso es insuficiente dar un golpe de Estado o hacer conspiraciones bufas. Nuestra propaganda tiene que plantar su piedra angular en la educación del hombre para la libertad, la igualdad y la solidaridad. De lo contrario no edificaremos nada sólido con los materiales actuales que nos presenta la humanidad, — pillos que explotan y bobos que se dejan explotar.

En este trágico período histórico que vivimos, nuestro concepto de la revolución y de la propaganda tiene que experimentar saludables variaciones. La revolución catastrófica que soñaron y que sueñan muchos anarquistas jacobinos, o mejor dicho, muchos supuestos anarquistas, no se volverá a reivindicar. Ha pasado ya al museo de las antigualias, a la historia de los errores humanos.

En el cotidiano tráfico de nuestra propaganda, hemos hecho muy poco hincapié en el valor moral del movimiento, en la significación revolucionaria de una vida pura y ejemplar. Y prevemos que de esta crisis tendremos que deducir una valiosa enseñanza: *seamos o no, en el porvenir, una fuerza social poderosa, si el anarquismo no propulsa y no practica desde ya una moral superior, será impotente como creador de un mundo nuevo.*

¿Es que hemos desterrado de entre nosotros mismos el retablo de la farsa?; ¿es que nos hemos educado en el sentido de la libertad y de la igualdad, lo suficiente como para haber superado ya el triste estadio de la división del movimiento en público dispuesto a formar corro y en charlatanes dispuestos a explotar el público? Creemos que no, continuamos la farsa en el movimiento mismo; si no damos nuestra papeleta de voto a un candidato al Parlamento, la damos al jefe de capilla que por una razón u otra, ha sabido atraernos a su lado; quién en nombre de una panacea ideológica genial, quién en nombre de sus bajas pasiones o de lo que sea, lo cierto es que sigue viviendo entre nosotros Maese Pedro y el público idiota que le aplaude y le paga. Hasta podríamos decir que hay en el movimiento anarquista, actualmente, más afición al retablo y más titiriteros de feria, que fuera de él, proporcionalmente al número de los adeptos. Y en general, no tenemos por qué enorgullecernos del espectáculo internacional que presenta el anarquismo en esta hora y habría razón para dudar que haya en él un rasgo cualquiera de superioridad, frente al resto de la sociedad, frente al público que acude al retablo de la iglesia, al del Estado o que hace corro al vendedor de específicos. Que cada cual eche una ojeada a su alrededor para convencerse que, desgraciadamente, no exageramos.

Nos produce muy pocas inquietudes la fuerza numérica del movimiento, el número vendrá algún día, cuando la acción de nuestra propaganda y la prédica de nuestro ejemplo aparten a los hombres de los tablados de la farsa y los orienten hacia la reconquista del derecho a la libertad y al bienestar; lo que nos inquieta y lo que nos angustia es la convicción de haber perdido el título moral a creernos en un estadio de evolución social superior. Entre nosotros tienen curso las mismas pasiones, los mismos odios, las mismas ambiciones que fuera del movimiento, — entre el público que compra un frasquito milagroso al charlatán de feria o acude en la seguridad de cumplir un deber a presenciar la pantomima eclesiástica o la carnavalada militar. Eso, eso sí que nos desconsuela y nos desalienta. El ser pocos no es un mal, pero el no ser nosotros mismos, el estar siempre dispuestos a formar corro a un titiritero, y a fundar una capilla del odio y la rivalidad, eso es un signo inquietante de veras. El anarquismo debiera haber superado ese estadio de evolución.

¿Qué derecho tiene a hablar en nombre de la anarquía el charlatán que oficia de pastor de un rebaño mayor o menor? Nos parece que tiene el mismo derecho que el rebaño, es decir, ninguno. Se usa y se abusa hoy de la palabra *anarquía*, como antes de las palabras *república y democracia;* todos quieren ser anarquistas y poco a poco habrá en nuestro movimiento, de seguir así, espacio para todas las bellaquerías y todos se encubrirán con el manto del anarquismo.

Esto no puede seguir así. Que aquellos que comprenden toda la magnitud de la desviación creciente a que asistimos, dirijan todo el esfuerzo de su voluntad a poner remedio al mal, sin levantar un tablado frente a otro, sin formar un rebaño frente al otro rebaño, poniendo únicamente frente a las funestas desviaciones el ideal y la práctica moral de la anarquía!!

EL TERMINO MEDIO

Antes de ir más allá, permítaseme decir algo en completa oposición al muy legendariamente famoso proverbio latín: IN MEDIO TUTISIMIS IBUS: tú te encontrarás más a salvo, adoptando el justo medio.

Hablando de dos distintas tendencias literarias, ustedes no esperarán otra cosa de mí, sino que les diga que el punto de mira del estudioso, deberá ser evitar los extremos, tratando de no ser liberal ni conservador. Error craso, si los hay. Y es precisamente el consejo que nunca les daré. Al contrario, yo pienso que el citado proverbio es el más dañino, malicioso y uno de los más absurdos que jamás pudo inventar este mundo.

Yo creo muy firmemente en los extremos, — ¡en violentos extremos! —. Y estoy muy seguro que el progreso mundial, ya sea literario o científico, religioso, social y político, se obtuvo mediante la asidua colaboración de los extremos.

LAFCADIO HEARN

(Fragmento de una carta).

Para que el delito sea tratado racionalmente, para que se investiguen las causas y se haga realmente todo lo posible para eliminarlo, es preciso que este trabajo sea confiado a los que están expuestos a sufrir las consecuencias del delito, es decir al pueblo entero, y no ya a aquellos para quienes la existencia del crimen es fuente de poder y de ganancia.

Gino. —¡Eh! puede ser que tengas razón. Hasta la vista.

XI

Ambrosio. —He reflexionado sobre lo que me ha dicho en nuestras conversaciones... y renuncio a discutir. No es porque me confiese vencido; pero... en suma, ustedes tienen las mejores razones y el porvenir podría ser bien de ustedes.

Yo en tanto soy magistrado y mientras exite la ley debo hacerla respetar. Usted comprende...

Jorge. —¡Oh, comprendo muy bien! Continúe, continúe. Será misión nuestra abolir las leyes y libertarlo así de la obligación de obrar contra su conciencia.

Ambrosio. —Poco a poco, no he dicho eso... pero pasemos adelante.

Quisiera algunas explicaciones de usted.

Podríamos quizás entendernos en las cuestiones referentes al régimen de la propiedad y a la organización política de la sociedad; después de todo son formas históricas que han cambiado muchas veces y que tal vez cambiarán aún.

Pero existen instituciones sagradas, sentimientos profundos del alma humana que ustedes ofenden continuamente: ¡la familia, la patria!

Por ejemplo, ustedes quieren poner en común todas las cosas. Naturalmente pondrán en común también las mujeres y harán así un gran serrallo, ¿no es verdad?

Jorge. —Escuche; si quiere discutir conmigo, hágame el favor de no decir tonterías y de no hacer chistes de mal gusto. Es demasiado seria la cuestión que tratamos para esmaltarla con bromas vulgares.

Ambrosio. —No... yo hablaba en serio. ¿Qué harán ustedes de las mujeres?

Jorge. —Entonces tanto peor para usted, porque es verdaderamente extraño que no comprenda el absurdo de lo que ha dicho.

¡Poner en común las mujeres! ¿Y por qué no dice que queremos poner en común los hombres? Lo que únicamente puede explicar ese concepto suyo es que ustedes, por hábito inveterado, consideran a las mujeres como seres inferiores hechos y puestos en el mundo para servir de animal doméstico y de instrumento de placer para el señor varón. Usted considera la mujer como una cosa y supone que es preciso asignarle el destino que se asigna a las cosas. Pero nosotros, que consideramos a la mujer como un ser humano semejante a nosotros y que debe disfrutar de todos los derechos y de todos los medios de que goza o debe gozar el sexo masculino, encontramos simplemente vacía de sentido la pregunta: ¿qué hareis de las mujeres? Pregunte más bien: ¿qué es lo que harán las mujeres? y le responderé que harán lo que quieran y que, así como, lo mismo que los hombres, tienen necesidad de vivir en sociedad, es seguro que querrán convenirse con sus semejantes machos y hembras para satisfacer sus necesidades con la mayor ventaja propia y de todos.

Ambrosio. —Comprendo; ustedes consideran la mujer como igual al hombre. Sin embargo muchos hombres de ciencia, examinando la extructura anatómica y las funciones fisiológicas del organismo femenino sostienen que la mujer es naturalmente inferior al hombre.

Jorge. —¡Oh, se sabe bien! Siempre que haya alguna cosa que sostener, habrá algún hombre de ciencia dispuesto a hacerlo. Hay hombres de ciencia que sostienen la inferioridad de la mujer, como hay otros que sostienen, al contrario, que las facultades de la mujer y sus capacidades de desenvolvimiento son equivalentes a las del hombre, y que si hoy generalmente las mujeres son menos inteligentes que los hombres, eso depende de la educación que reciben y del ambiente en que viven. Si investiga bien encontrará también hombres de ciencia, o al menos mujeres de ciencia, que sostienen que el hombre es un ser inferior, destinado a libertar a la mujer de los trabajos manuales y dejarla entregada a sus vocaciones geniales. Sé que en América se ha sostenido esa tesis.

Pero qué importa. Aquí no se trata de resolver un problema científico, sino de realizar un voto, un ideal humano.

Proporcione a las mujeres todos los medios y toda la libertad de desenvolvimiento y resultará únicamente lo que puede resultar. Si la mujer será igual al hombre o si será más o menos inteligente, se verá en los hechos y saldrá aventajada la ciencia misma, que tendrá entonces hechos positivos para sacar sus deducciones.

Ambrosio. — Por lo tanto, ¿ustedes no toman en consideración las facultades de que están dotados los individuos?

Jorge. —En el sentido que deban crear derechos especiales, no. En la naturaleza no encontrará dos individuos iguales; pero nosotros reclamamos para todos la igualdad social, es decir los mismos medios, las mismas oportunidades — y creemos que esta igualdad no sólo responde al sentimiento de justicia y de fraternidad que se ha desarrollado en la humanidad, sino que redunda en beneficio de todos, sean fuertes o débiles.

También entre los hombres, entre los varones hay más y menos inteligentes, pero no por eso se admite que uno debe tener más o menos derechos que el otro. Hay quien sostiene que los rubios están mejor dotados que los morenos y viceversa, que las razas de cráneo oblongo son superiores a las de cráneo ancho o viceversa; y la cuestión, si tiene un fundamento en la realidad es ciertamente interesante para la ciencia. Pero dado el estado actual de los sentimientos y de las idealidades humanas, sería absurdo pretender que los rubios y los dolicocéfalos deben mandar a los morenos y a los braquicéfalos, o al contrario.

¿No le parece?

Ambrosio. —De acuerdo; pero volvamos a la cuestión de la familia. ¿Quieren ustedes abolirla u organizarla sobre otra base?

Jorge. —He aquí. En la familia es preciso considerar las relaciones económicas, las relaciones sexuales y las relaciones entre padres e hijos.

En cuanto a la familia como institución económica es claro que una vez abolida la propiedad individual y por consiguiente la herencia, no tiene ya razón de existir y desaparece de hecho. En este sentido, por lo demás, la familia es abolida ya por la gran mayoría de la población compuesta de proletarios.

Ambrosio. —¿Y para las relaciones sexuales? Ustedes quieren el amor libre, la...

Jorge. —Vamos. ¿O es que cree usted verdaderamente que pueda existir un amor esclavo? Existirá la cohabitación forzosa, el amor simulado por la fuerza, por el interés o por la conveniencia religiosa o moral; pero el amor verdadero no puede existir, no se concibe si no es absolutamente libre.

Ambrosio. —Eso es verdad. Pero si cada cual siguiese los caprichos que le inspira el dios amor, no habría moral y el mundo se convertiría en un lupanar.

Jorge. —¡En lo que se refiere a la moral, ustedes pueden vanagloriarse verdaderamente de los resultados de sus instituciones! El adulterio, la mentira de toda suerte, odios largamente incubados, maridos que matan a las mujeres, mujeres que envenenan a los maridos, el infanticidios, los niños crecidos en medio de escándalos y las querellas familiares... ¿es esa la moral que usted teme amenazada por la libertad en el amor?

Hoy sí que el mundo es un lupanar, porque las mujeres están obligadas a menudo a prostituirse por hombre; y porque el matrimonio, con frecuencia contraído por puro cálculo de intereses, es siempre en toda su duración una unión donde el amor o bien no entra de modo alguno o bien entra sólo como un accesorio.